

Los Foetazos del Gral. Amaro

Por MANUEL ICPEZ PÉREZ.

Es mejor dar que recibir.
(Evangelio según San Juan).

Napoleón Bonaparte conversaba sobre el eterno tema de sus victorias, cerca de un centinela. Este hombre mostraba en su rostro de soldado de la vieja guardia la cicatriz enorme de una herida que debió ser espantosa.

«Qué pensáis, —interrogó el Rey dirigiéndose a su interlocutor—, de los hombres que resisten tales heridas?

Y mientras señalaba al soldado de guardia, recibió la respuesta en forma de pregunta:

—Y vos, qué pensáis de aquéllos hombres que las dan?

Entonces el viejo soldado rompió la insignia del silencio para responder:

—Esos... están muertos.

Y así, una vez más la victoria son-

rió a Bonaparte, mientras se convirtió en signo de honor la herida gloriosa del hombre que la vengó matando.

Esta brillante página de la historia napoleónica ha venido a nuestro mente al darnos cuenta de la forma en que ha tratado de cuestionarse por los lebreles oficiales, el Manifesto del General Amaro. Lo primero que se ha dicho es que Amaro sabía usar el foete. Convengamos, por un momento en que es malo foetear; pero convengamos también en que es más malo dejarse foetear. Por eso citamos, como epígrafe de estas líneas, una ironía que cosechamos en el evangelio de San Juan; tratando de foetazos, y de otras muchas cosas, "es mejor dar que recibir".

Pero procedamos con más orden. Las réplicas que se han intentado al

(Pasa a la 4^a. Plana).

7º 1230
abril 24-939.

Los Foetazos del Gral....

Nº 12304 del 24-939.

(Viene de la 1^a. Plana).

Manifiesto del General Amaro, carecen de fuerza, porque se carece de la "autéridad" necesaria para refutarle. El Manifiesto dice la verdad, pese a quien pese. Esa verdad no podrán destruirla los polemistas (?) pagados, porque nunca podrán burlar los preceptos de la Lógica que, o mucho nos falla la memoria, o establece que los "argumentos personales" son válidos únicamente en contra de la "persona" pero nulos en cuanto a la verdad. En el presente caso, no debe discutirse a Amaro, sino lo que dice Amaro. Si, como afirman los necios, Amaro fuera un ignorante, tal cosa no le impediría decir la verdad. Porque no se necesita ser un físico ni grande ni pequeño para poder decir, para tener derecho a decir que hace calor y qué se siente ese calor. Hasta el que no sabe Aritmética tiene derecho a contar. Para opinar basta con la experiencia de la cosa sobre la cual se opina. Si no fuera así, los "sabios" que con su crítica pretenden devorar a Amaro, no tendrían derecho a opinar sobre la calidad de "un par de huevos" (al gusto), por la sencilla razón de no haber preparado ellos el platillo, sino la cocinera, y sobre todo, por no haber puesto ellos los huevos, sino la gallina. Vaya con la dialéctica de los hombres que todo lo saben!

Resulta también ridículo acusar a Amaro de ignorante—con la concesión de añedidaeta que el "teórico" "Música le hace—cuando en el régimen actual priva el más absoluto de los empirismos manifestándose en actos absurdos. Amaro es un hombre por lo menos en paz con el Universo, y ni ha proclamado ser sabio, ni ha querido demostrar que lo es, mediante "conceptos racionales y exactos d' Universo".

Entre el coro de voces que se han levantado contra Amaro se ha dejado escuchar "una más". Ha venido del mag con el timbre de un grito de tritón airado y en la actitud que pude verse en el coletazo de una ballena despechada. Se trata de un Comodoro emasiciente y que usa un apellido de significación poco honrada (Hurtado de Mendoza). Incurre el señor Hurtado en grandes errores, pues ni sus afirmaciones son verdaderas ni su expresión es "como d'oro". Su posición es la del que ataca a una persona, no la del que refuta sus ideas. Por esto sus primeras palabras

quedan ya contestadas. Solamente otro cargo hace serio y es el de que Amaro no administró bien el presupuesto de guerra cuando fué Ministro; hizo aprobar una cantidad global para quinientos cadetes (aunque bien pudiera haber sólo uno); dejó de aprovechar un acorazado en el cual pensaba navegar Hurtado de Mendoza por todos los mares, tratando de subyugar al Mundo, o para comprobar—tarea de los hombres del Renacimiento—la redondez de la Tierra. De estos cargos, el primero se reduce a polvo: no demuestra el articulista que no hubiera quinientos cadetes; además, el presupuesto para quinientos, la partida global para quinientos podía efectivamente aducir de injusta, pero podía ser por "exceso o defecto"; el articulista chilla por el defecto (que no demuestra) pero ni siquiera apunta la posibilidad del "exceso" que bien pudo ser. Respecto a lo del acorazado, nos basta con preguntar a Hurtado por qué no ataca al Gobierno de México por el fraude de que fué víctima al haber creído en la exactitud de las cuentas hechas por el encargado de la construcción del pabellón mexicano en la Exposición de París. Con lo que a esto responda quedaremos satisfechos.

Los demás cargos no valen la pena. En lo del jurado, lo que hace Hurtado es contradecirse; afirma en un principio la ignorancia de Amaro y comentando la razón que dio para suspender el pago a los absueltos, no hace sino negar esa ignorancia, porque para decir "que les pague que los absolví, se puede carecer de buena intención, pero no de inteligencia; esa frase revela talento, aunque le falte, si se quiere, la buena intención. No sólo se puede escribir sobre "las haciendas del General Amaro", sino sobre "las haciendas de los Generales Revolucionarios", y cuando se habla sobre las primeras y no sobre las segundas mencionando nuestra propia pobreza que nos obliga a usar camiones, etc., entonces se revela entonces si se revela, despecho. Que el General Amaro fué a la Revolución hasta que llegó a la mayoría de edad, es y nos parece natural, no podía serlo desde el vientre materno; un ciento de semillas de naranja no es un cieno de naranjas. Si Amaro tiene una cuadra de caballos de equis precio, los próceres actuales tienen cuadras de mujeres que nos parecen más valiosas, pues son seres humanos, no debiendo olvidar que jamás la Revolución predicó y anheló la miseria y en cambio, si ha predicado y luchado en contra de la inverosimilitud.

ralidad.

Finalizando, decimos que el último foetazo del General Amaro fué su Manifiesto. Y a él, como a los demás, no se ha respondido, haciendo, únicamente un esfuerzo por desviar hacia rumbos distintos, la atención, del pueblo. Así es que, parodiando la pregunta de Napoleón, decimos: PENSÁIS MAL DE LOS QUE DAN FOETAZOS, PERO ¿QUE PENSÁIS DE LOS QUE LOS RECIBEN?

MANUEL LOPEZ PEREZ.